



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

DOMINGO XIV DEL T. O. (6 julio 2014)

VER

COM-POSICIÓN (Juan Barja)



I. "La crisis es un golpe de Estado. Sirve para patear el dinero hacia arriba".

DAVID HARVEY, 2012

II. "Claro que hay una guerra de clases, y la mía está ganando"

WARREN BUFFETT, 2002

III. "Entro Jesús en el Templo y echaba fuera a todos los que vendían y compraban; y trastocó las mesas de los banqueros y las sillas de los que vendían palomas; y les dice: escrito está: mi casa es casa de oración, mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones".

MATEO 21,12-13

Cada cristiano y cada comunidad estamos llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación de los pobres. El imperativo de escuchar su clamor se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante *el dolor ajeno*.

No olvidemos jamás que la falta de solidaridad con los pobres afecta directamente a nuestra relación con Dios. 1Jn 3,17: cerrar nuestras entrañas a la necesidad del pobre es cursar orden de expulsión contra Dios conminándole a salir de nuestro corazón. Es pecado no hacer caso del pobre (cf. Eclo 34,25-27).

¡Qué no se nos dirija el reproche de pasividad e indulgencia o de complicidad culpable respecto de este sistema actual injusto! (cf. Alegría del Evangelio 194)

NUESTRAS DERROTAS NO DEMUESTRAN NADA (B Brecht)

Cuando los que luchan contra la injusticia
muestran sus caras ensangrentadas,
la incomodidad de los que están a salvo
es grande.

¿Por qué se quejan ustedes?, les preguntan.
¿No han combatido la injusticia? Ahora
ella los derrotó.
No protesten.

El que lucha debe saber perder.
 El que busca pelea se expone al peligro.
 El que enseña la violencia
 no debe culpar a la violencia.

Ay, amigos.
 Ustedes que están asegurados,
 ¿por qué tanta hostilidad? ¿Acaso somos
 vuestros enemigos los que somos enemigos de la injusticia?
 Cuando los que luchan contra la injusticia están vencidos,
 no por eso tiene razón la injusticia.

Nuestras derrotas lo único que demuestran
 es que somos pocos
 los que luchamos contra la infamia.
 Y de los espectadores, esperamos
 que al menos se sientan avergonzados.

EVANGELIO (Mt 11,25-30)

²⁵ En aquel momento tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. ²⁶ Sí, Padre, así te ha parecido bien. ²⁷ Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. ²⁸ Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. ²⁹ Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. ³⁰ Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Las dos invocaciones de la oración: «te alabo, Padre... Sí, Padre...» (vv 25-26) muestran cómo Jesús dirige expresamente la mirada a Dios, Padre amoroso y Señor: Él está en el punto central. De su voluntad depende la salvación del hombre. ¡Y su voluntad es que no se pierda ninguno de estos pequeños! (Ver Mt 18,14)

Esta es la alegría del evangelio: Dios se ha revelado a los menores, mientras ha quedado oculto para los sabios. Lo decisivo es la contraposición antitética entre los sabios y los menores. Por favor, no dejemos de meditar los cuatro primeros capítulos de la 1ª Carta a los corintios. «*Si alguno cree ser sabio en este mundo, hágase loco para llegar a ser sabio, pues la sabiduría de este mundo es locura para Dios*».

¿Quiénes son los sabios? En el contexto evangélico, los letrados. Los “sabios” son un determinado grupo, una clase social que se contrapone al “pueblo ordinario”. ‘Sabios’ y ‘entendidos’ incluye en este texto a todos los que son considerados “sabios” en Israel o se tienen por tales: **toda la aristocracia religiosa**.

El concepto antagónico *nēpios* contiene un doble matiz: literalmente significa “*lactante, niño*”; en sentido figurado, “*inmaduro*”, “*menor de edad*”. Si presuponemos bajo el término griego su equivalente semítico entonces puede significar “*simple, inculto, ignorante*”.

Por tanto, el Padre **no** se ha revelado a aquellos que normalmente lo esperan, sino a la gente sencilla. Se trata para Jesús de las mujeres, los galileos, los pobres del campo que no tienen tiempo ni posibilidad de ir a la escuela de los “sabios”. Su escuela es la escuela de su vida dura.

¡Dios llega preferentemente a los pobres, simples y desclasados de Israel! Repitámoslo: Jesús contrapone la gente sencilla a los sabios de Israel y hace asequible a los primeros la revelación de Dios. Tenemos aquí una **llamada a la esperanza**: ¡los últimos, los simples, los pequeños, los sobrecargados, *han sido divinamente agraciados* (como la humilde y humillada bienaventurada María) con la capacidad de entender el evangelio! ¡Sí, bendito seas, Dios, que esa fue tu voluntad!

En el v. 27, Los “simples” que saben el misterio del Padre y del Hijo son ahora los cristianos.

¿Qué se les revela a los sencillos? Lo que se les revela es la persona de Jesús, sus hechos, su significado. «*¡Nosotros poseemos la mente de Cristo!*» (1Cor 2,16).

En los vv 28-30 se añade el aspecto ético, su libre participación en la alianza: También los sencillos, los cristianos, han de acreditarse mediante su *actitud*: hemos de aprender/emprender una nueva conducta, la conducta propia de los hijos de Dios que se dejan llevar por el Espíritu.

«*Venid a mí los que os esforzáis y estáis sobrecargados... Aprended de Mí, que soy 'manso' y humilde de corazón...*»

No seamos como los letrados y fariseos que echan los fardos pesados en las espaldas de los demás, pero ellos rehúsan llevarlos. Estos no cumplen con la ley del Mesías: «*Lleaos las cargas unos a otros, y así cumpliréis la ley de Cristo*» (Gal 6,1-2). La **humildad** es la actitud que nos permite posponernos, por amor, a favor de los demás, hasta ocupar *el penúltimo lugar*, el más cercano al último, en el que está Jesús y que nadie le podrá arrebatarse. La **mansedumbre** es la debilidad que nos hace vencer el mal a fuerza de bien. (Ver Rm 12,21)

Toda nuestra formación permanente no puede tener otro sentido que el que nos propone Jesús: «**Aprended de Mí**»; no solo sus divinas Palabras, ni su humana misericordia, sino toda su persona, “fijos los ojos en Él”, hasta *ser uno* con Él al *conocerlo* como Él nos conoce.

LA MANSEDUMBRE

“*No romperé la caña cascada ni apagaré la mecha humeante, hasta que haga triunfar la justicia*” (Mt 12,20).

Una caña cascada no solo no sirve para nada, sino que es un peligro (pues sin que te des cuenta ya te ha hecho un corte en la mano). Una mecha humeante... Nosotros lo que vemos irrecuperable y además peligroso, enseguida lo quitamos de en medio. Dios, sin embargo, no lo quiebra. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que **Dios opta por la recuperación de lo irrecuperable**. Esta es la clave de la bienaventuranza de la mansedumbre. ¡Solo los mansos, que actúan como Jesús, pueden traer el bienestar y la paz a esta tierra!

Uno no opta por la recuperación si, al encontrarse con el injusto, en nombre de la justicia lo elimina. Si así lo hacemos no vivimos la bienaventuranza de la mansedumbre. Ahora bien, no se puede pactar con la mentira, con la injusticia, con el cinismo. ¡La inhibición no tiene nada que ver con la mansedumbre! Sí, es verdad, pero no podemos convertir la verdad, la justicia o la sinceridad en un arma arrojada.

Mc 3,1-5: En Jesús se dan dos actitudes aparentemente contradictorias: Su mansedumbre con los fariseos, su deseo de recuperarlos. No otro sentido tiene la pregunta que les hace: «¿se puede hacer bien en sábado o hacer mal?». Con esta pregunta les ofrece una oportunidad de recuperación, de que vean la curación como un hecho salvífico y no como una transgresión. Y, al mismo tiempo, el rechazo sin paliativos de la obcecación de sus adversarios (que no responden porque saben que en la Ley no hay nada que impida que aquel hombre recupere la mano), rechazo que queda patente en su mirada con ira.

Así pues, Jesús es el Siervo de Yahvé que trae la justicia sin gritos ni disputas, sino recuperando lo irrecuperable. Este Jesús no pacta con la injusticia, pero tampoco hace de la verdad un arma arrojada. Es decir, no agrede ni se inhibe. Hasta tal punto no se inhibe que por sacar adelante la

justicia, pierde todos sus derechos. La actitud de Jesús no es simple: ni se lo traga todo en aras de una mansedumbre mal entendida, ni arrasa en nombre de la verdad y la justicia. Y el resultado es que los derechos de los demás salen a flote, aunque pierda los suyos. El lisiado ha sido curado, aun a riesgo de que su nombre aparezca en la lista negra de los fariseos.

El final del relato de Marcos nos hace insistir en un dato elemental: la recuperación se ofrece, pero no se puede asegurar, ni menos imponer. Cada persona es responsable de su proceso recuperador y, de no serlo, no hay recuperación.

Un texto capital sobre la mansedumbre es **Mt 5,28-48**. Lo que aquí se dice es lo que ha de distinguirnos como cristianos. La mansedumbre y la humildad son el único *medio* evangélico para cambiar la sociedad.

Salmo 131

«Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas que superan mi capacidad,
sino que acallo y modero mis deseos
como un niño destetado en brazos de su madre...»

Señor, que no dispare mi codicia esta sociedad consumista,
que hay mayor felicidad en dar que en recibir;
sí, raíz de todos los males es el amor al dinero
y si aspirara a la riqueza perdería la fe.

«Como un niño en el regazo de su madre está mi alma (en Ti).
Espere Israel en Yahvé, ahora y por siempre».

